

Carta en hermoso papel

Seudónimo: Clara Mayol

Voy a despedirme.

En realidad, debo despedirme. Voy a despedirme de vos porque es justo y educado también. Soy una persona educada y cobarde; yo no me animo a defraudar ni a un desconocido con una supuesta opinión de mi persona, así que menos a vos porque sé cuánto te disgustan las sorpresas, las lindas y las no tanto. Espero que entiendas la letra y que te guste el papel. Lo traje del hotel de Bombay.

¿Te acordás del hotel de Bombay? El Taj.

Imagino tu cara con los ojos descartando el mundo y curvándose en una pregunta dirigida al cerebro en general y a la memoria en particular, buscando entre los firuletes grises y las neuronas ensambladas malamente desde que tuviste el *ictus*, Taj... Taj... Taj... los ojos que ponés cuando te cuento cómo me fue en la clase de yoga mientras vos escuchás el noticiero en paralelo, a la chica del clima más precisamente, la que ves por el oído izquierdo mientras tus pestañas me apuntan a mí.

Tu hemiparesia no me da pena, tu vejez un poco mayor que la mía, tampoco.

Vuelvo al punto, me despido.

Sé que me necesitás, no tengo dudas de eso. Vos decís que me amás y te creo. Yo te necesito porque no conozco otra vida que la que llevamos juntos y no sé cómo se vive sin vos. ¿Habría vida sin vos? Igual, me despido.

La culpa la tiene el eclipse. Vos lo viste en el noticiero igual que yo y después lo viste mejor, relatado por la chica del clima en un programa especial de cómo una hora, mientras yo me iba a la cocina. Fue entonces cuando algo cambió dentro de mí, en la casa, en el rumbo de las cosas.

Cuando leas mi despedida en este papel hermoso que guardé algunos años en espera de una ocasión maravillosa para usarlo y rescatar el perfume del jardín del hotel, las flores en las alfombras, la bata de toalla, el bordado en hilos dorados de la bolsa para la ropa sucia que se llevaban los mucamos a la lavandería, las escaleras enroscándose en sí mismas al ascender

hacia la luz, y vos y yo esos días calientes... cuando la leas, recordarás que por la noche te acompañé a la cama, te quité el suéter, te traje agua, me acosté a tu lado, nos besamos como siempre porque me amás y porque yo te necesito. Sin embargo, entre una cosa y la otra, es decir, entre la noche y la carta de despedida que vas a encontrar en la mesa con el desayuno ¿qué pasó? si todo estaba bien: el desayuno está caliente sobre el mantel, la cafetera echa humo y aroma, la leche en la jarrita roja, tostadas tibias, queso blanco, mermelada, el yogur con avena, agua mineral para bajar, todo está lo mejor posible, normal, Taj... Taj... Taj... ¿qué pasó?

Me queda claro que despedirme te va a romper un poquito el corazón. Pero no me importa. Estoy dando mis primeros pasos en el sendero de la indiferencia hacia el otro, en este caso vos, por una cuestión de supervivencia, que parece ser que practica todo el género humano pero que yo desconocía como posibilidad y como derecho inalienable cuando se trata de conservar la vida y los sentimientos medianamente alineados con los pensamientos. Es mi pequeño lujo y lo descubrirás en el desayuno de la despedida. Yo quiero ser igual, igual de egoísta, igual de inteligente; igual a vos, igual a los demás. Yo me creía tan como todos. Pero no, me enredaba en una necesidad de servicio a cambio de seguridad y amor y cuando me daba cuenta de la falsa escuadra de mi mundo, apelaba al orgullo a modo de defensa, un casi egoísmo tan necesario como estúpido, algo para tratar de rescatarme, de reconstruirme, o por lo menos para tomar aire, sedimentar y seguir. La solidez me duraba ratos cortos; siento que he vivido lanzada hacia afuera, como un vector en equilibrio inestable (para mí) tan oportuno para el destinatario en la trayectoria. El destinatario has sido vos en primer lugar y el resto del mundo en segundo lugar. De vos me puedo despedir, del resto del mundo sería una tontería, un imposible; me alcanza con bajar los brazos y continuar con pasitos nuevos sobre el novedoso sendero que te mencionaba, donde poco me interesa lo que pase en la banquina mientras yo cuide de apoyar bien los pies, de no ensuciarme las suelas, de no patear polvo porque se pega entre los deditos.

Llevo usadas dos hojas del precioso papel para una ocasión maravillosa que es ésta.

Casi veo tu cabeza inclinada sobre el texto de letra pareja, con los ojos atentos ahora sí, tu café cortado tan cerquita, el torso levemente inclinado hacia la derecha del respaldar en la silla que siempre elegís cerca del sol y a la que llegás con esmero por las mañanas ya que el cansancio te quita la elegancia y la voluntad recién después de las 17:00.

Es mi carta de despedida, yo tuya nunca más, ¿entendiste?

Y cuando hayas terminado de leer y bebido unos sorbos de café, saldré del baño ya peinada, ya vestida, ya maquillada, lista, habiendo calculado el tiempo que te llevaría recorrer los

párrafos y buscar un lugar en el mantel para posar la primera hoja leída y seguir con la otra en un pequeño crujido que se oirá por la puerta entornada que da al pasillo; saldré del baño, sin perfume para vos y en la cocina me serviré también un café.

Tal vez y por la sorpresa, dejes sin leer esta parte de la despedida, pero te la escribo igual.

Voy a sentarme frente a vos, después de que hayas leído mi carta de despedida y tomaré mi desayuno como todas las mañanas siguientes de tu vida y de la mía.

Taj... Taj... Taj...